

Un Director en la encrucijada: la guerra de Malvinas en los editoriales del *Herald*¹⁷

César “Tato” Díaz

La presente indagación procura ser un aporte al debate actual en torno a la guerra de Malvinas con el objeto de echar luz sobre ciertas zonas poco transitadas de la institucionalidad periodística y los actores en disputa. Interesa concretamente, ofrecer un análisis pormenorizado de la sección institucional del diario angloparlante *The Buenos Aires Herald* durante el conflicto bélico, en la medida en que se considera que el mismo tuvo un rol de suma relevancia para los intereses nacionales, que no son, vale aclararlo, coincidentes con los de la dictadura cívico militar. La discusión en torno a la soberanía sobre las islas es histórica y políticamente reivindicable, sin perjuicio de asumir que el gobierno de facto que la motorizó fue uno de los más cruentos que se experimentó en la Argentina, pues parafraseando a Lenin se dirá que: “*estar en contra del nacionalismo del país oprimido, es estar a favor del nacionalismo del país opresor*”. Asimismo, se desea subrayar un aspecto desconocido por gran parte de la sociedad –nacional e internacional– y, que guarda una importancia absoluta, dado que constituye el resultado de la pérdida de la contienda bélica: la denominada “*Declaración conjunta de las delegaciones de la Argentina y del Reino Unido*”, pacto leonino firmado por nuestro país y Gran Bretaña. Esta situación no termina aquí, sino que el hecho de ser

17 Este trabajo apareció originalmente en la Revista *Animus*, vol.15, nro.19, 2016 bajo el nombre de “Un discurso argentino escrito en inglés: la guerra de malvinas en los editoriales del Herald. En su momento, se agradeció el papel protagónico en este estudio de Robert Cox y Dan Newland, agradecimiento que se reitera en esta versión.

una “declaración” es un subterfugio ya que, si hubiese sido un “trato”, debía haber sido refrendado por el Congreso Nacional, cuestión que no ocurriría. Cabe aclarar que este acuerdo de Madrid del 15 de febrero de 1990 -inspiración del presidente Carlos Menem y su canciller Domingo Cavallo- literalmente entregaría todas las empresas públicas a manos de capitales privados.

Con relación al objeto de estudio -el Herald durante la guerra de Malvinas- se comenzará efectuando una breve reseña de su historia. Luego, se procurará una aproximación a la “cocina” de su redacción teniendo en cuenta los cambios experimentados en la dirección del medio durante los primeros días del conflicto. Posteriormente se tratará la exploración y análisis del discurso de los numerosos editoriales que abordaron el espinoso tema durante los meses de abril a junio de 1982. Todo ello con el apoyo invaluable de varias entrevistas realizadas a periodistas del diario que proporcionaron detalles imperceptibles pero fundamentales para un examen basado en la instancia de producción.

Una sucinta historia del Herald

El primer ejemplar del periódico comenzó a circular con el nombre *The Herald*, el 15 de septiembre de 1876, incorporando al año siguiente el nombre de la ciudad donde se editaba: *Buenos Aires*, y publicándose de forma diaria bajo la dirección de Williams T. Catchart¹⁸. En sus comienzos presentaba información comercial y marítima destinada a los hombres de negocios, quienes formaban parte de la importante colonia angloparlante radicada en nuestro país. Años después incluyó noticias de carácter general. La naciente empresa periodística se distinguió por haber sido la primera en contar con un servicio trasandino y con otro cablegráfico regular con Europa

18 Se recomienda consultar la obra de Sebastián Lacunza (2021) quien ha realizado una exhaustiva historia del medio

por medio de la agencia de noticias Havas. En 1926, pasó a manos de los hermanos Ruggeroni. En efecto, Uki Goñi ha referido detalles interesantes acerca del traspaso del paquete accionario de la empresa periodística: *“el Herald pertenecía un 100% a la familia Ruggeroni que a pesar de ese apellido era una familia anglo argentina. En 1969 llegó a la Argentina un empresario norteamericano dueño de una cadena de diarios y medios que vino a jugar al polo y en su hotel vio un ejemplar del Buenos Aires Herald y se entusiasmó con la diagramación y el contenido del diario y quiso incorporarlo a sus empresas mediáticas. Con posterioridad se apersonó en el Herald y preguntó de quien era el diario, entonces habló con varios miembros de la familia Ruggeroni que tenían repartidas las acciones y este señor compró acciones hasta llegar al 51% y el 49% quedó a cargo de Kenth Ruggeroni a quien el norteamericano no se la quiso comprar pues ya tenía la mayoría del paquete accionario. Entonces el nuevo propietario eligió a Bob (Robert Cox) como editor en jefe y no sólo eso sino también presidente de la compañía. Con eso Bob tenía el control de la compañía más que el dueño del 49% y nadie podía decirle que debía publicar”* (U. Goñi, Comunicación personal, 2005). De este modo desde 1969, la empresa norteamericana Charleston Publishing Company se convirtió en accionista mayoritaria y desde entonces y hasta 1979 la dirección fue responsabilidad de R. Cox acompañado por colaboradores tales como Raymond Mckay, Uki Goñi, James Neilson, Andrew Graham-Yooll, Dan Newland, entre otros. Tras la involuntaria salida del país de su director en diciembre de 1979, se hizo cargo James Neilson hasta su exilio en el Uruguay¹⁹. Sin embargo, vale aclarar que la sección editorial del diario continuó llevando la referencia *“Director: Robert Cox”*, seguramente con la certeza y la esperanza de su pronto regreso al país.

En los años ‘70, período en el que las distintas organizaciones políticas llevaron a cabo el número más importante de acciones armadas, el matutino fue testigo directo de algunas de ellas. Indudable-

19 Con posterioridad al conflicto bélico volvió a hacerse cargo de la dirección del diario hasta 1986 momento que abandonó el cargo para desempeñarse como director en el diario Río Negro.

mente, el prestigio acreditado y la seguridad acerca de los alcances de su repercusión en los sectores de poder nacionales e internacionales hizo que, en el primer lustro de la década, fuera junto a unos pocos medios gráficos extranjeros, partícipe de algunas conferencias de prensa “clandestinas”. El hecho de ser uno de los medios considerados confiables por las organizaciones armadas para dar publicidad a sus comunicados, no los eximía de las amenazas que, como a otros actores de la época, los tenían por blanco. Circunstancia que daría cuenta de la compleja trama político social de la Argentina de entonces. Esto es, que fue imposible para el *Herald* sustraerse del clima de esos años, pues desde la segunda mitad de 1974, además de las múltiples coerciones por parte del Poder Ejecutivo Nacional, fue blanco de amenazas y atentados por parte de los distintos grupos armados que operaban en el país; condiciones que repercutían directa y negativamente en el pequeño grupo que conformaba el personal del matutino. Entre las restricciones oficiales podemos mencionar la exigencia caprichosa de utilizar papel con línea de agua, de mayor precio y escaso en el mercado internacional²⁰. Esta situación se agravaba aún más con el abono de las tasas implementadas para la verificación y uso del papel. Ante estas condiciones el diario se vio obligado a suprimir la salida del suplemento cultural a mediados de 1975. Otras disposiciones que permitieron la implementación de “*políticas comunicacionales negativas*” (Borrat, 1989) desde 1974 fueron normativas cercenantes, tales como la Ley “antisubversiva” 20.840²¹, así como las distintas estrategias de intimidación frecuentes en el período. Como

20 Cabe recordar que por entonces la totalidad del papel prensa utilizado en nuestro país era importado.

21 Tal como escribe Díaz (2019) “el episodio que más debe haber irritado al Poder ejecutivo nacional fue la entrevista publicada a principios de septiembre de 1974 por la revista “pro Montoneros” *La Causa Peronista*, en la que Norma Arrostito y Mario Firmenich narraban los pormenores del secuestro y posterior muerte del ex dictador Pedro E. Aramburu. A fines de ese mismo mes, el gobierno promulgó la ley 20.840 más conocida por “ley de Seguridad Nacional” o “ley antisubversiva” que imponía prisión de dos a seis años a quien “realice actos de divulgación, propaganda o difusión tendientes al adoctrinamiento, proselitismo o instrucción” que propendan a “alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación.”

corolario, el 22 de octubre de 1975 las oficinas fueron allanadas y el director detenido como resultado de la búsqueda de “material subversivo” del cual, en definitiva, las denominadas fuerzas del orden no hallaron ningún vestigio (Díaz, Giménez, Passaro, 2001).

Sin embargo, es indudable que los momentos más adversos del matutino fueron durante la dictadura cuando tempranamente sobresalió del concierto de discursos grises y desinformativos producidos por muchos medios con la valentía de abordar la problemática de los derechos humanos, considerada “intocable” durante los primeros años del gobierno de facto²². El diario, constituía un referente prestigioso en el ámbito internacional respecto a la actualidad de nuestro país, tal como reconocería el propio Cox: “*por la cantidad de suscriptores que tenía en todas partes, era como una ventana abierta hacia el mundo. Muchos, en el extranjero, se enteraban de lo que pasaba en Argentina por este diario*” (R. Cox, Comunicación personal, 2009). En el ámbito nacional, sus lectores constituían lo que se ha dado en llamar “*público activo*” (Price, 1994), No obstante, después del 24 de marzo de 1976 se amplió considerablemente su circulación. En efecto, muchos “nuevos lectores” comenzaron a comprarlo y a llevarlo debajo del brazo “*como símbolo de estar al tanto de lo que ocurría*” (A. Graham-Yooll, Comunicación Personal, 2000), quizá como expresión de los actos de resistencia que implementaban muchos argentinos. Esta circunstancia podría explicar que su tirada de 25.000 ejemplares y la presencia voluminosa de anuncios alcanzara en ocasiones los 35.000 (Getino, 1995). Además, la edición en lengua extranjera no fue un obstáculo para su consumo, ya que la columna institucional era traducida al castellano²³, condición que seguramente incidió en el aumento de la tirada tal como afirma Robert Cox: “*la gente compra-*

22 El rol protagonizado por el diario se ha corroborar detalladamente en las entrevistas realizadas durante el 2007 a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: Adelina Alayes, Chicha Mariani y María del Rosario Cerruti. Puede consultarse Díaz (2009).

23 Uki Goñi refirió en la entrevista citada que la encargada de la traducción de las notas era Maggi Porta; en caso de que ella estuviera de vacaciones las efectuaba el mismísimo entrevistado.

ba el Herald sólo para leer el editorial” (Cox, 2002). Ciertamente, su demanda puede explicarse por el nivel de información que manejaba y por no eludir ninguna temática de la realidad por complejo que pudiera ser su tratamiento en las condiciones imperantes durante la última dictadura. Es necesario recordarlo: Cox no se amedrentó y, si bien no padeció la desaparición o el asesinato de sus periodistas²⁴, debió pagar el alto precio del extrañamiento de Andrew Graham-Yooll, a fines de 1976, y su propio exilio el 17 de diciembre de 1979. Previamente, el director había sido detenido en forma ilegal el 24 de abril de 1977 y liberado prontamente en virtud de las presiones internacionales a las que se vio sometido el gobierno. Es interesante subrayar, además, que desde la sección institucional se informaba a los lectores de los apremiantes momentos vividos en la redacción, pues el arresto de Cox, fue precedido por el allanamiento de las oficinas, tal cual había sucedido durante el gobierno de la viuda de Perón (Daverio de Cox y Wilde, 2001). El panorama se agravaría, convirtiendo al periódico en: *“blanco constante de amenazas durante los años del Proceso. ‘Esta noche a las 21 horas va a explotar una bomba en la redacción’, era la favorita de los que llamaban”*. Apartado R. Cox del diario, dos periodistas del matutino fueron detenidos junto a otros colegas de medios internacionales, por dar cobertura a una de las marchas de madres de Plaza de Mayo (Herald, 21/3/80, 24/4/81). En este sentido, resulta útil destacar que si bien su sucesor, Neilson, fue consecuente con el compromiso que había asumido su antecesor en relación con esta problemática que siguió jerarquizándose en la columna hasta 1982, no es menos cierto que, paulatinamente, perdió visibilidad desde el punto de vista cuantitativo, circunstancia que ciertamente, obedeció también a la disminución de acciones represivas de las fuerzas de seguridad.

Se desea puntualizar que en el contexto de los años '60 y 70, signado por posturas ideológicas inconciliables, los medios de comunicación no estuvieron exentos a esta suscripción a paradigmas

24 El universo periodístico soportó de más de un centenar de ellos, ya que fue uno de los blancos dilectos del terrorismo estatal durante el lapso examinado.

opuestos, el de la seguridad y el de la liberación, sin menoscabo de que algunos órganos periodísticos – *El Herald*, *La Prensa*, *El Día*-, en la segunda mitad de los '70 respondieran a lo que se ha denominado en términos de “periodismo pendular” (Díaz, 2009). Una mirada rápida y orientada por preconceptos vigentes en el imaginario social induciría a reconocer a la mayoría de las empresas periodísticas dentro del paradigma del periodismo de seguridad, y el *Herald* no sería una excepción ya que por su trayectoria y, particularmente en la coyuntura estudiada, produjo e hizo circular un discurso crítico del “populismo” peronista y el “extremismo” expresado por las organizaciones armadas, en particular luego de producirse la muerte del presidente Juan D. Perón. Estas razones también lo llevaron a apostar decididamente a la construcción discursiva del golpe cívico militar en marzo de 1976 (Díaz, 2002). Sin embargo, se entiende que sería erróneo acotar la mirada a estos enunciados pues, analizándolos en una perspectiva temporal más amplia, se comprueba que una vez producido el quiebre institucional el diario se dirigió tanto a las autoridades como a la ciudadanía, quienes se convirtieron en alocutarios permanentes de su mensaje.²⁵

Es decir, se constató que la función que venía cumpliendo, y que asumía plenamente, daría lugar a un desplazamiento en su enunciado editorial en el sentido de que no produjo discursos colaboracionistas o apologeticos, ni en forma homogénea ni en toda la etapa analizada, tal como podría esperarse. Particularidad que se reconoce como “periodismo pendular” ya que sus discursos no sólo eran resultado de su contexto de producción, sino que además se veían condicionados por los intereses eventuales (económicos, políticos, empresariales, etc.) y por los valores y creencias específicos de cada medio. En otras palabras, los diarios que se encuadran en esta categoría son aquellos que, si bien adoptaban posiciones editoriales más o menos definidas

25 En tal sentido cabe destacar que las organizaciones armadas jamás fueron consideradas como alocutarios de sus discursos editoriales, con el claro objeto de restarle entidad. Véase Díaz (2009).

ante cuestiones controvertidas, solían relativizarlas conforme se modificaba el escenario político, económico e institucional. Posicionamiento que se complementa con las nociones analíticas de “socios” y “no socios” tal como se ha expresado en la Introducción de este libro. Se debe advertir, además, que previo al conflicto de Malvinas densos nubarrones cubrieron el horizonte de los dos países separados por la cordillera de los Andes en el extremo sur del continente. En un artículo (Díaz, Giménez y Passaro, 2011), se ha apuntado que los diarios analizados coincidieron en alinearse con la dictadura argentina en el rechazo al fallo arbitral de la corona británica. Por lo tanto, “socios” y “no socios” sostuvieron una posición proclive a una salida negociada de manera bilateral y, ante el empantanamiento de las relaciones entre ambas dictaduras, celebraron la intervención del mediador papal, no dispuestos, sin embargo, a ceder un ápice en la soberanía territorial en disputa. En este contexto, el Herald, supo advertir desde el comienzo de la controversia acerca de los riesgos concretos de una guerra, manteniendo una línea editorial desde 1976, al hacer públicas las contradicciones internas que caracterizaban la gestión castrense, sintetizada en la metáfora de los “duros” y los “blandos”, que presentaba a los segundos como sostenedores de la paz y a los primeros como beligerantes extremos. En las páginas que siguen, se examinará los modos en que el medio angloparlante sabría justipreciar perfectamente los costos inconmensurables que debería pagar si nos involucrábamos en una contienda bélica, tal como fatídicamente ocurrió.

La “cocina” del Herald

El Herald era un diario en formato tabloide de intereses generales, que contenía las secciones habituales de los cotidianos argentinos: política, internacionales, deportes, actualidad, etc. La redacción se hallaba emplazada, “en un lugar de la Capital Federal, sumamente oscuro, Azopardo, de día es muy bonito, arbolado, es una linda calle,

ancha, sombreada, pero de noche es bastante siniestra. Nosotros nos sentíamos muy solos al salir de ahí” (A. Graham–Yooll, Comunicación Personal, 2000). Durante el conflicto armado el número de páginas osciló entre las dieciséis y las veinte, agregándose los días lunes un suplemento deportivo. Los editoriales eran bilingües y se hallaban en las páginas 8 o 10, con la particularidad de que el escrito en inglés se encontraba arriba del escrito en castellano que, por tener tipografía más pequeña, ocupaba menos espacio. Los integrantes del cuerpo editorial eran en aquellos días James Neilson (director), Ronald Hansen (gerente editorial) y Dan Newland (jefe de redacción). Producida la ocupación de las islas, el por entonces responsable de la orientación del medio, Neilson, de nacionalidad británica y de poca simpatía por la recuperación escribió: “Galtieri juró y rejuró que la invasión no fue llevada a cabo por razones de política interna. Puede que esté en lo cierto: no cabe duda de que su gobierno albergó la idea de hacerlo desde el vamos, pero nunca logrará convencer a muchos de que es así. La coincidencia de la protesta masiva de la CGT el viernes y la invasión de las Malvinas el lunes fue sencillamente demasiado llamativa, y muy pocos creerán que no hay conexión alguna entre el revés interno más espectacular del ‘Proceso’ y, dos días después, la iniciativa externa más espectacular” (Neilson, 2001). Repárese en el calificativo utilizado “invasión”, pues volverá a encontrarse en los primeros días del mes de abril. Newland ha expresado que: “cuando se inició la guerra, en la misma semana del 2 de abril, Neilson comenzó a sentir que no había suficientes garantías para su seguridad o la de su mujer e hijos. Además, habiendo trabajado muy de cerca con él durante varios años, me permito suponer que, orgulloso y sumamente fiel británico que era, no se pensaba capaz de manejar la política editorial sin tomar una posición francamente pro inglesa (...) no hablo de una posición objetivamente comprensiva de la posición de Gran Bretaña, sino de una línea por la cual la posición de Inglaterra sería considerada intachable, hiciera lo que hiciera ese país”, agregando a continuación una reflexión reveladora: “si mi suposición es la correcta, creo

que habla muy bien del profesionalismo de Neilson su decisión de aducir cuestiones de seguridad y pasar la guerra en Uruguay”. En este punto conviene rescatar lo expresado por el propio protagonista: “me aconsejaron dejar la Argentina lo antes posible docenas de personas (Cox, los directores de otros diarios, etc.) ya que la guerra brindó a los deseos de silenciarme un pretexto perfecto para “hacer patria”. Hubiera sido muy fácil atribuir cualquier cosa a “la ira popular” o algo parecido, Además, las amenazas se hicieron tan frecuentes que pasaba horas escuchándolas, lo que me impidió trabajar” (J. Neilson, Comunicación Personal, 2012). Con posterioridad, Newland asumiría la responsabilidad de la orientación política del diario, tomando previamente ciertas precauciones: “con la ausencia de Neilson y las presiones imperantes de un momento tan difícil, temía la posibilidad de rebeldías entre el personal y cuestionamientos por mis decisiones editoriales siendo el segundo de un jefe auto exiliado. Tampoco quería encontrarme legalmente responsable de la política editorial que él dirigiría desde Montevideo o dónde fuera, sin que le afectara en vivo y directo nada de lo que pasaba en Buenos Aires (o en las islas). Por lo tanto, le exigí a Neilson un escrito firmado otorgándome control absoluto sobre la política editorial por el tiempo que estuviera fuera del país. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Esta decisión fue divulgada en la pizarra de informaciones internas del diario, con el fin de que todo el personal estuviera al tanto. Al respecto, resulta útil recordar que Newland había trabajado desde muy joven con Cox, de quien se sentía “un discípulo”. Esta condición también resultará de relevancia para comprender los modos en que el nuevo responsable de la política editorial del diario expresaría profundamente el paradigma del periodismo de la época: “objetividad en el tratamiento de la información”.

La voz institucional del diario

En primer término, se debe referir en honor a la verdad que la publicación angloparlante nunca apeló a la estrategia del “silencio editorial”²⁶, como lo hicieron otros medios en aquella época tan controvertida. Esta decisión periodística se mantuvo aun cuando en su seno hubo cambios en los responsables de la nota institucional. Desde la actualidad resulta notable observar el nivel de información con el que contaba el matutino²⁷: el mismo 2 de abril se podía leer en el editorial un título que interpelaba al conjunto de los lectores, fueran estos militares, diplomáticos, políticos, sindicalistas, locales y/o extranjeros: “¿Llegó el día señalado?”. Evidentemente, la pregunta era tipuada en la máquina de escribir, casi instantáneamente a la desopilante conversación telefónica mantenida por el presidente de facto Galtieri y su par estadounidense Reagan, que J. Yofre (2011) reconstruye con lujo de detalles y que mueve a risa a través de algunas escenas protagonizadas por Galtieri y García Moritán, encargado civil de traducir la importantísima conversación y, sobre todo, el momento en el cual se percatan que el coronel perteneciente a la Secretaría de Inteligencia del Estado, responsable de grabar había omitido el indispensable movimiento de apretar las teclas para que tal función fuera realizada por un grabador de cinta abierta. Este editorial resulta de enorme relevancia ya que permite dilucidar ciertas particularidades del discurso

26 Según Borrat (1989) “este recurso periodístico se basa en descomprimir la responsabilidad de opinar todos los días sobre los acontecimientos políticos nacionales. Cuando no quiere reflexionar sobre política, el medio puede considerar cualquier otro ámbito de su actualidad periodística -sociedad, cultura, economía- o sobre temas intemporales”

27 Cfr. Juan Yofre (2011), reconstruye un diálogo entre el responsable del “operativo Azul Rosario” y los tres miembros de la Junta: “cuando recibí las instrucciones de planificar la operación se me pusieron tres condiciones: sorpresa, incruento y mínimo tiempo para ocupar la isla. Bueno, debo decir que el enemigo sabía la hora y lugares de nuestra llegada. Si no hubo más bajas fue por voluntad de Dios. ¿Sorpresa? El operativo parecía anunciado con mucha anticipación a través de las noticias periodísticas. Mucha gente lo supo y las agencias extranjeras lo conjeturaban. Existió ‘irresponsabilidad criminal’”.

sostenido por el medio orientado en ese contexto por Neilson, quien agudamente y tal como se mencionó previamente, introducía un sutil matiz entre dos significativos conceptos “invasión/ocupación”. Ya en el encabezamiento había deslizado: “el gobierno británico creía cierto que una invasión (quizá las autoridades argentinas prefieran otra palabra) era inminente”. Líneas más abajo manifestará, ya sin prevenir al lector de la sutileza, acaso por considerarlo así: “si el régimen militar se ha embarcado realmente en una invasión, ha elegido un rumbo preñado de riesgos”. Además de la toma de posición frente al conflicto, proporcionaba una serie de advertencias a los audaces militares a cargo de los destinos del país que a la postre resultarían proféticas: “aunque todo el pueblo argentino concuerda en que las islas del Atlántico Sur son argentinas y habrá de respaldar todo acto que se lleve a cabo para eliminar cualquier duda al respecto, no está muy entusiasmado con su gobierno y no lo tratarán con mucha indulgencia si la operación resultase más difícil de lo esperado”. En realidad, el editorialista, retomaría la conceptualización de “ocupación”, pero a través de un tono de distanciamiento respecto a la acción asumida por las FF.AA. argentinas. Asimismo, es indispensable asentar que los escritos buscaban guardar cierto equilibrio objetando las posiciones intransigentes adoptadas por los mandatarios de ambos países en pasajes como los que siguen: “el gobierno de Margaret Thatcher viene esforzándose desde hace años en modificar la economía británica con medidas que son tal vez necesarias pero no por ello menos dolorosas, y esto la hizo vulnerable a los ataques de sus críticos. El gobierno del general Leopoldo Galtieri, hasta la ocupación de las islas del Atlántico Sur, estaba aún más apremiado Si ambos países tuviesen gobiernos verdaderamente estables, seguros de su capacidad de arrastrar consigo a la opinión pública inclusive cuando adoptan decisiones impopulares, las posibilidades de un acuerdo negociado que salvase las apariencias para ambas partes serían mucho mayores que ahora. (...) Pareciera por lo tanto que no hay cómo impedir que la Argentina y Gran Bretaña se enreden en una guerra que hace un mes hubiese

parecido fantasioso devaneo político, a menos, por supuesto, que el secretario de Estado de los EEUU, Alexander Haig, y sus asesores, tengan algo más substancial en sus carteras“ (9/4/82).

Acaso, la sección demostraría su actitud más crítica, en ocasión de apelar a un título connotativo: “*Un gran error*” cuando las autoridades nacionales convocaron a una movilización popular a Plaza de Mayo. En todo momento el responsable del editorial procuró dejar en claro su opinión respecto a que marchas callejeras de esa naturaleza, necesariamente se vinculaban en todo el globo con Hitler y Mussolini: “*cuando los diarios y redes de televisión del mundo comiencen a difundir informaciones e imágenes de enormes y ardorosas muchedumbres nacionalistas que apoyan el uso de la fuerza y vociferan amenazas contra los británicos será inevitable que se reavive la memoria del fascismo. En las democracias generalmente se mira con temor y repugnancia a las multitudes reunidas por razones políticas, porque recuerdan a muchísima gente las manifestaciones de Nürenberg, rituales semejantes en Italia y luego, durante los periodos peronistas, aquí mismo*” (10/4/82). Remate que guardaba coherencia con la línea editorial del diario que siempre había fustigado al peronismo.

A propósito de la Plaza de Mayo, cabe aclarar que como símbolo de la voluntad popular había sido elegido por las Madres de la Plaza para realizar sus rondas en plena dictadura en el año 1977 bajo el imperio del estado de sitio. En análogas circunstancias, Saúl Ubaldini, líder de la CGT Brasil también había optado por convocar a una concentración popular con el fin de repudiar “la política económica de entrega y endeudamiento llevada adelante por el ministro de economía Roberto Alemann, y el llamado a elecciones libres“ (Parcerro, 2011). Ese día 30 de marzo de 1982, la multitud fue cruelmente reprimida. No obstante, días después y en el mismo sitio histórico una multitud se autoconvocaría para apoyar la recuperación de las islas Malvinas. Al respecto, Sigal (2006) ha referido que la profunda emoción patriótica que se había apoderado del pueblo argentino oscurecía, acaso sin borrarla, la memoria de los cientos de detenidos

del penúltimo día de marzo; ese día los gases, tiros intimidatorios y bastonazos policiales impidieron la concentración de trabajadores con carteles con el lema *“Paz, Pan y Trabajo”* y un petitorio para reclamar el descongelamiento de salarios. También resulta ilustrativo tal como las mencionan Blaustein y Zubieta (1998) enumerar algunas consignas cantadas ese día: *“Galtieri, Galtieri, prestá mucha atención, Malvinas argentinas y el pueblo es de Perón”*; *“CGT presente, soberanía o muerte”*; *“El que no salta es un inglés”*; *“Malvinas sí, proceso no”*; *“Aserrín aserrán, que se vaya Alemann”*; *“Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura”*; *“Y ya lo ve, y ya lo ve, hay una sola CGT”*. Manifestaciones callejeras todas que no dejaban dudas acerca de la profunda vocación democrática del pueblo argentino que estaba cansado de tanta represión. Además, del hondo sentimiento antiimperialista producto de la crítica a la injerencia inglesa en la historia del país inscripto en el imaginario popular.

Censura previa pero no del gobierno

En efecto, el día 6 de abril los lectores tuvieron una suerte de mal presagio al no ver su diario favorito debajo de la puerta o aquellos que iban al trabajo al pedirlo a su canillita, escuchaban con incredulidad, hoy no llegó el Herald a la parada. Los motivos serían expuestos el día siguiente en el editorial: “el Herald fue informado ayer por la Sociedad de distribuidores de Diarios, Revistas y Afines -una organización cerrada fuera de la cual es más bien difícil colocar periódicos en los quioscos - que el diario no sería distribuido ‘hasta que se aclare la situación’, debido a su ‘defensa de los intereses británicos en la Argentina’”. Sucedió que al estar redactado en inglés se le adjudicaba erróneamente esta nacionalidad, en consecuencia: “se le explicó luego a Adolfo Marino, secretario general de la Sociedad, que el Herald es un diario argentino, no sólo en lo que atañe a su orientación editorial sino también a su administración, que el 40 por ciento de su paquete

accionario pertenece a sus administradores argentinos y el restante 60 por ciento a una cadena de diarios de los EE. UU. (...) Más de dos tercios de la totalidad del personal del Herald son argentinos, incluyendo alrededor del 60 por ciento de la redacción. Los extranjeros del diario viven en la Argentina por propia elección, porque les agrada el país y su gente y se interesan en sus problemas”.

Ante semejante acción el medio quedaba inerte económicamente, sin embargo, con esta medida censoria no era el único damnificado, ya que como el propio medio se encargaría de marcar a fuego: “huelga decir que al proceder de este modo la Sociedad infligió un daño considerable a los intereses argentinos en el mundo en general, sirviendo de idiota útil a la campaña británica que compara al régimen del general Leopoldo Galtieri con el de Adolfo Hitler” (8/4/82). Desde el espacio editorial también se procuraría incluir indirectamente al Poder Ejecutivo Nacional manifestando que: “ha sido censurado, por motivos nada claros, por un grupo de personas, por razones que parecen no tener nada que ver con el actual conflicto del país con Gran Bretaña; si existiese alguna razón el mismo gobierno seguramente los habría revelado al pueblo en general y nos habría clausurado. En lugar de ello, y por lo que podemos juzgar, el gobierno preferiría que saliéramos sin impedimento, aun cuando no coincidiera necesariamente con mucho de lo que decimos”. Al respecto, se cuenta con el testimonio de Dan Newland, quien ha ampliado detalles de este inusual dilema, vinculando al gobierno con el asunto: “No me cabe duda que estaban al tanto de esa acción política y que, de alguna manera le daban la venia a la mafia distribuidora del Cholo Peco”. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Este flagrante ataque contra la libertad de prensa que indudablemente constituía un acto de censura previa, llevaría a las autoridades del medio a reunirse con altos dirigentes gubernamentales: “a la reunión en Casa Rosada asistimos el entonces Presidente del Herald, Kenneth Ruggeroni, el Administrador del diario, Luis Villaverde, el Ministro del Interior, General de División Alfredo Saint Jean, y yo. Ruggeroni y Villaverde

hablaron desde el punto de vista comercial primero, y después, intervine yo desde lo político. Básicamente, le planteé al Ministro del Interior que el gobierno militar, como régimen de facto, concentraba todo el poder político del país y que si los distribuidores, como “monopolio aceptado” podían tomar tal medida (una huelga, en fin, acción prohibida por los artículos del Proceso), entonces, lo hacían con el permiso tácito del gobierno. El general se defendió, diciendo que eso no era tan así, que en realidad, se trataba de una empresa privada que actuaba por su cuenta, etc., etc. Pero volví al ataque haciendo hincapié en que se trataba de una huelga, y por tanto, un acto ilícito bajo las reglas del régimen de facto y que bastaba que el gobierno les ordenara que levantaran la medida para que lo hicieran” (D. Newland, Comunicación Personal, 2012). Un dato decisivo para que este boicot terminara favorable al Herald fue la presión ejercida por el director del matutino La Prensa, sumada a la fidelidad insobornable de los lectores: “de hecho, en el Herald, unas 3 o 4 mil personas estaban haciendo cola en la puerta de nuestra planta de impresión todos los días para comprar su diario y fotografías de grandes medios internacionales venían a sacarles fotos, pero ahí en la calle Azopardo, a media cuadra de la Aduana, estábamos mucho menos visibles que La Prensa, así que fui muy agradecido a Máximo [Gainza Paz] por tan noble gesto. Creo que fue una de las claves en la presión contra Cholo Peco y su organización”²⁸. Para finalizar este apartado se consignará la sorprendente reflexión a cargo de quien en ese momento se desempeñaba como corresponsal de The Guardian, A. Graham-Yooll (2007), y que hasta 1976, momento que debió exiliarse, se contó como un destacado periodista del Herald: “como resultado de la propuesta de boicot de los distribuidores, el Herald había adoptado

28 J. Neilson (2001) añade con un inocultable tono irónico que: “Los lectores del Herald, claramente seguros de su capacidad para resistir los pensamientos insidiosos que procuramos implantar en sus cerebros sin la ayuda del sindicato de los distribuidores, optaron por romper el bloqueo y compraron miles de ejemplares en nuestras oficinas. El gobierno hizo saber que hacía lo posible por desasnar a los distribuidores”.

el curso más seguro así como el más pragmático: apoyar la soberanía argentina. Pero el Herald, ansioso de no ofender a nadie, se convirtió así en un pálido reflejo de lo que había sido alguna vez, entre 1976 y hasta 1980, (...) Se siguió editando durante los diez días que duró el boicot que hicieron los distribuidores. El daño a las ventas fue considerable”. Más allá del afecto personal que guardo por quien esto sostiene, considero que la afirmación -aún a la distancia- puede resultar exagerada. En adelante se examinará el corpus restante, teniendo oportunidad de poner en tensión estas declaraciones categóricas. Sin duda, para lograr tal cometido, se evitarán los prejuicios fáciles con el objeto de comprender -que no es lo mismo que justificar- la actitud asumida por Newland, quien luego de rondas de consultas con sus pares de la redacción, recién elaboraba su editorial. Recuérdese que Neilson (2012), tal como lo ha manifestado: “se retiró del diario entre el 11 y el 13 de abril.”

“Soberanía nacional occidental”

Se podría sostener, sin temor a equivocaciones que un altísimo porcentaje de editoriales tuvieron como eje articulador el grave peligro que corría con el inicio de la contienda bélica el equilibrio -siempre inestable- entre Este/Oeste, ya que dos países pertenecientes a occidente el uno poderoso (Inglaterra) y el otro subdesarrollado (Argentina) dirimirían armas en mano, sus diferencias y, para colmo de males, un país poderosísimo, Estados Unidos, inclinaría la balanza a favor de Gran Bretaña. Participación que casi no dejaba más alternativa a la Argentina que solicitar ayuda a la URSS. Cuestión que explícita abiertamente en el editorial titulado recurriendo a una interpelación temeraria: “¿Tercera guerra mundial?” (16/4/82).

En tal sentido, un par de días después emprendería una crítica cerrada contra el Mercado Común Europeo: “de ahí a actuar como un cuerpo político único en cuestiones estrictamente bilaterales entre

uno de sus miembros y un país en otra parte del mundo va más allá de la mera solidaridad y tiende a internacionalizar conflictos que de otra forma estarían estrictamente localizados” (18/4/82). Asimismo, la sección objetaría severamente la actuación de otra organización internacional: la ONU. “se encuentra una y otra vez trabajando a paso de caracol, cargada con el equipaje político y los impedimentos burocráticos de cada uno de sus miembros en el tratamiento de asuntos de seguridad internacional que exigen medidas rápidas, decisivas y cooperativas para evitar la violencia” (25/4/82). Otro de sus blancos dilectos de amonestaciones fueron los EEUU dada la ambigua actitud mediadora, la cual se sabía desde un principio que era abierta y descaradamente probritánica²⁹. Adviértase que la dictadura no vaciló con la recuperación en la falsa creencia de que la potencia del norte sabría pagar el terrorismo de Estado y la participación de militares argentinos en Centroamérica. Sin embargo, ocurrió lo que debía ocurrir, La administración Reagan favorecería a su mejor aliado, pues juntos se hallaban poniendo los cimientos del neoliberalismo que imperaría en el mundo. Bajo el poderoso apotegma de “quemar los puentes”, el diario advertía a sus lectores la medida asumida por EEUU. “las esperanzas sustentadas hasta ayer de una justa mediación en el conflicto por los hasta ese momento semineutrales EEUU se desvanecieron ante el ominoso anuncio de este gobierno de que había ordenado sanciones económicas contra la Argentina y de que suspendía la ayuda militar al gobierno de las FF. AA. Insinuaron también que responderían favorablemente a las solicitudes británicas de ‘apoyo material’. Este acto decisivo e inequívoco de Washington representa el virtual incendio del que con gran probabilidad era el último puente que Londres y Buenos Aires podían cruzar para apartarse del peligro de la guerra”. De tal modo, el medio no ahorra críticas contra la diplomacia yanqui sobre la que manifestaba que: “estigmatizará el fracaso del sistema diplomático del

29 Véase La Nación del 1/4/2012 en donde se consignan los documentos desclasificados en Washington. Allí queda claramente establecido que A. Haig el 8 de abril se entrevistó con M. Thatcher y en la conversación reconoce que su gobierno apoya incondicionalmente a Inglaterra.

mundo occidental, por el cual las disputas entre aliados naturales nunca debieran llegar al campo de batalla, pero que no obstante lo hacen debido a la rigidez diplomática” (1/5/82).

Digamos para culminar este apartado que el Herald era un “actor político” importante y como tal solo dependía de su empresa editora, dominada por capitales estadounidenses. Al respecto, se consultó a Newland acerca de la existencia de presiones por parte de los propietarios por sus actitudes críticas hacia el país del norte: “en absoluto. el Evening Post fue desde siempre, muy especial en ese sentido, particularmente mientras su CEO fuera Peter Manigault (de la familia fundadora de la compañía). A pesar de ser ex oficial naval, fue un hombre políticamente liberal que creía fervientemente en la libertad de expresión, y la política de su compañía de multimedios siempre fue de no meterse en las políticas locales de los diarios que adquiriera”. (D. Newland, Comunicación Personal, 2012)

La dictadura, la guerra y la autocensura

Anteriormente la Sociedad de Distribuidores había impactado en el *Herald*. Ahora era la administración castrense quien obligaría a todos los medios de comunicación a extremar los cuidados al momento de comunicar las noticias, pues como el almirante Serra, vocero de la dictadura, afirmaría se trataba de un “*material sensible*”. Lo cierto era que la amenaza de guerra ya constituía toda una realidad y por lo tanto las “*políticas comunicacionales negativas*” (Borrat, 1989) dominarían la escena. En tal sentido cuando se consultó al director a cargo del diario al respecto manifestó que: “*fui el único de todos los directores de medios presentes que levanté la mano y pregunté: ¿Cómo será el mecanismo para aplicar la censura?*

-*No entiendo la pregunta – me dijo.*

-*Claro –digo- habrá censura pero cómo se aplicará. ¿Habrá un censor militar apostado en cada medio para aplicarla?*

-Mi idea, si fuera así, era publicar todo con los agujeros correspondientes y la palabra CENSORED donde cualquier línea o palabra fuera quitada.

Medio que se rió y dijo que no. Que nosotros mismos tendríamos que usar nuestra inteligencia y juicio.

-Usted sabe lo que “material sensible” significa –dijo - .

-No –le digo- yo sé lo que es una noticia y lo que no y jamás me autocensuraría, ni lo haría mi diario, que tiene una reputación bien ganada por no callarse” (D. Newland, Comunicación Personal, 2012).

En realidad, lo inusual de la medida era, tal como el diario lo expresaría al día siguiente que: *“lo que no se esperaba es el método que el gobierno de las FF. AA. ha ideado para el contralor de la información (...) ha exhortado a los periodistas y directores locales a ejercer la censura de sí mismos”*. Por supuesto, en caso de que filtraran información “sensible” el medio sería cerrado y su director encarcelado. Más adelante, el editorialista, indicaba que esta vil tarea minaba por su base lo que era considerado por la época el paradigma del buen periodista: *“de tal manera que si ha de actuar como su propio censor y calcular la repercusión de cada noticia que llegue a sus manos (y debe quedar en claro que lo que está en el tapete aquí no es la veracidad sino la repercusión) durante mucho tiempo, se habrá ciertamente ‘entrenado’ en eso hasta tal punto que, por la época que se levante la censura, ya no será capaz nuevamente de escribir con libertad, objetividad e independencia” (30/4/82)*. El diario continuaba fustigando lo que estimaba arbitrario, por caso la ausencia absoluta de periodistas en el frente de batalla, exceptuando los que trabajaban para el gobierno –Télam y ATC- tampoco quedaba al margen de sus impugnaciones la actitud asumida por la Primer Ministra británica: *“demostró su inclinación por la falta de objetividad cuando afirmó en público que encuentra ‘ofensivo’ el tratamiento igualitario que ciertos órganos de la prensa británica dan a la Argentina y a Gran Bretaña” (10/5/82)*. Días después se produciría un flagrante abuso en las declaraciones de la “dama de hierro”: *“La señora Thatcher dijo al Parlamento que la BBC era*

imparcial al conflicto de Malvinas, como si al hacerlo estuviera presentando la más tremebunda acusación. En realidad, esa imparcialidad u objetividad, comoquiera se la llame, rinde tributo a la profesionalidad de quienes la aplican a su tarea periodística” (17/5/82). De forma que la remanida frase “en una guerra la primera víctima es la libertad de expresión” mantenía toda su vigencia.

La guerra como inexorable fin

Lo cierto era que, por la mala lectura de la realidad efectuada por la dictadura argentina o por la “oportunidad” de postergar los problemas internos del gobierno de Thatcher, el enfrentamiento bélico no podía ya ser resuelto en una mesa de negociación. En tal sentido, el fatídico 2 de mayo, la Primer Ministro británica dio la orden de hundir al Ara General Belgrano ubicado fuera del área restringida, constituyendo un crimen de lesa guerra. El día 4 de mayo el Herald asumiría como propia la causa argentina juzgando que nuestro país había ocupado “el territorio en disputa al que tiene obvio derecho geográfico”. Además, en este editorial, se cuestionaba puntualmente la hipócrita actitud del ministro de defensa inglés: “es muy difícil creer que la desilusionada Inglaterra del señor Nott es la misma que se ha opuesto porfiadamente a toda tentativa de mediación en la disputa o, por mejor decir, la misma Inglaterra que dejó que se alzara la fachada de negociaciones tripartitas (con los EEUU en el tambaleante centro) como un recurso para tratar de arrancar ventajas diplomáticas a la Argentina sin ceder en nada ella misma”. Otro embate del medio contra Inglaterra fue el 8 de mayo, en oportunidad de razonar que la demarcatoria unilateral de la zona de exclusión constituía: una acción de guerra que amenaza la paz y la seguridad del territorio continental argentino”. Con el transcurrir de las jornadas las objeciones recobraban un vigor inusitado, pues el medio temía por el destino “del occidente íntegro”. En un editorial titulado en forma denotativa:

“La imagen británica”, procuraba realizar una suerte de estado de la cuestión hasta el momento: “el más bien pobre desempeño combati-vo de las fuerzas británicas hasta la fecha ha arrimado preocupación a los aliados de la OTAN y hecho parar la oreja a los rusos. Sus ataques aéreos a las islas con indiferencia notoria por la suerte de los súbditos británicos que aún residen allí echan dudas sobre la sinceridad del gobierno conservador en lo pertinente a la protección de las vidas e intereses de los malvinenses. El torpedeamiento doble, para asegurarse no sólo de alcanzarlo sino de hundirlo) de un crucero argentino fuera de la zona de guerra establecida por Londres mismo, el haber omitido la flota rescatar a los sobrevivientes del crucero, del mar agitado con bajísimas temperaturas, y las últimas informaciones acerca del insensato hundimiento de un buque pesquero argentino, son actos que han mancillado gravemente la antigua reputación de bravura, corrección y serenidad de las fuerzas armadas británicas” (11/5/82). El editorialista, buscando una estrategia eficaz para señalar de forma inapelable la arrogante e injusta posición inglesa, incorporaría una problemática muy cara a la línea editorial del diario: los derechos humanos. Así reparaba en la imperiosa necesidad de que “ambas partes comprendan los riesgos implícitos para la paz y seguridad occidental”, si no se sentaban inmediatamente a negociar en forma pacífica. Pues quien se hallaba al acecho era nada más ni nada menos que la URSS afirmando que: “es muy cierto que el colonialismo no ha muerto, es más que seguro que no habrá de ser el presunto ‘anticolonialismo’ del Kremlin el que le dará muerte”. Reforzaba su argumentación apelando a una ocurrente metáfora: “si la crisis de las Malvinas es la denuncia del colonialismo en el Atlántico Sur, recibir ayuda de los rusos equivaldría a salir de la parrilla para caer en el asador. Todo aquel a quien le pase por la cabeza la idea de la “asistencia militar” soviética debiera pensar dos veces en la “guerra sucia” contra la subversión que se libró en este país, que acarreó consigo muerte, miseria y odio para tantos” (12/5/82). Evidentemente, la re-

currencia al concepto de “guerra sucia”³⁰, poseía un anclaje en la multifacética realidad que ofrecía nuestro país y en la cual sobresalía el tema de los “desaparecidos”. En efecto, el 10 de mayo muchos familiares habían sido ignorados por el Ministerio del Interior, ante sus justos reclamos de información acerca de sus parientes. Esta actitud fue repudiada por el diario argentino de habla inglesa con severísimos términos. En el editorial titulado “tener presente a los desaparecidos”, se llamaba la atención de los dictadores sobre esta problemática, que hoy, continúa en la agenda pública, incentivada con las declaraciones periodísticas del dictador Jorge R. Videla, quien reconoció que fueron desaparecidos por lo menos 7000 u 8000 personas (Reato, 2012). Allí se podía leer una aguda advertencia: “el gobierno ha logrado un alto grado de unidad nacional por su conducción de la crisis de las islas Malvinas, y como consecuencia de ella, no debiera cometer el error de creer que este solo tema puede servir a modo de cúralo todo para los malestares nacionales”. Esta atinada apreciación encontraría mayores fundamentos más adelante cuando retomaba el asunto: “un problema urgente, que el proceso de Reorganización nacional ignoró o postergó consecuentemente y sistemáticamente desde 1976, es el de los millares de personas desaparecidas en lo que se conoce como la “guerra sucia” contra la subversión izquierdista, que fue una viva pesadilla de terror y contra terror, cuyas consecuencias aún perturban la tranquilidad social y la posición internacional del país”. Finalizaba el urticante artículo recurriendo a un tono eminentemente predictivo al afirmar: “sería un error tremendo, que por cierto afectará sus propios intereses, que los militares consientan que los desaparecidos permanezcan en esta situación. Permitir que tal cosa ocurra hará que los desaparecidos estén presentes como factor social irritativo por muchos años más” (14/5/82). Con seguridad, el periodista procuraba

30 Repárese que este término fue introducido en el “imaginario colectivo” por el propio diario (Díaz, 2002).

tomar distancia de las coincidencias coyunturales con la administración castrense al comprar, pero con beneficio de inventario, aspectos rescatables de una dictadura con la cual tenía severas discrepancias. La agenda editorial del diario en este contexto no se daría respiro tratando de englobar todas las aristas posibles inherentes al conflicto del Atlántico sur. En una nota referida al papel de la potencia del Norte aseveraba sin reservas de ninguna naturaleza: “la actitud del gobierno del Presidente norteamericano Ronald Reagan (...) sigue siendo tan hueca y poco realista como lo fue cuando Washington abandonó su chapucero intento de mediación y virtualmente castigó a la Argentina por su propio fracaso diplomático y por la intransigencia británica”. Seguidamente, Newland amonestaba con un fuerte tono irónico: “en materia diplomática, los EE UU han recibido una verdadera paliza en América Latina por su posición sobre las Malvinas. Y mientras tanto, el así llamado Tercer Mundo (que en gran parte es muy amigo de Moscú) el conocido como grupo de los no-alineados (los inadaptados diplomáticos que solo están cómodos y dirigidos por el Dr. Castro) y Moscú mismo, pueden sonreír sarcásticamente y decir ‘ya ves Argentina, te aconsejamos no confiar en Washington. Quizás ahora comprendas lo que quisimos decir’”. Completaba su idea central citando a un diplomático latinoamericano que había expresado: “el futuro de las relaciones serán valoradas en términos pre-Malvinas y post-Malvinas” (16/5/82). Días después catalogaba al proceso bélico como: “un desastre humano, diplomático y político” a raíz de la intransigencia inglesa. En otro editorial solicitaban que se respetaran los derechos humanos de los kelpers, mencionando que “fueron evacuados 150 isleños que prefirieron irse después de la recuperación argentina del archipiélago”. Del mismo modo, en reiteradas ocasiones calificaría como “invasión de Gran Bretaña” para recurrir a una frase paradójica al definir: “de todas maneras una invasión en toda regla solo hará que Gran Bretaña conquiste una derrota”. En suma, la urdimbre discursiva elegida por el editorialista, tejía una verdadera trama a través de la cual se irían hilvanando conceptos lapidarios para las dos potencias occidentales. “la decisión británica de invadir las islas Malvinas es de una impor-

tancia y gravedad monumental”. Para luego agregar con un sesgo demoleedor: “la crisis de las Malvinas desempeñará un papel nada desdeñable en la reformulación de las relaciones internacionales, especialmente en las de las naciones latinoamericanas con el occidente y con el este, y en las relaciones generales del norte con el sur, desde ahora y hasta un futuro muy distantes”. (22/5/82). Con posterioridad, el medio pondría el dedo en la llaga, marcando a fuego la mayor contradicción del continente al indicar que la actitud de Inglaterra ha logrado lo que ningún líder de la izquierda latinoamericana había podido realizar: unir a América Latina contra el resto de occidente: “La elección de los EEUU dio la impresión, desde la posición ventajosa de esta parte del mundo, que mientras sea conveniente hacerlo, el Norte entablará un ‘diálogo’ con el Sur, pero que los intereses regionales (y el poder) son más fuertes que toda otra consideración, y que el Sur siempre será el Sur, y que sólo será suroccidental cuando el Norte así lo quiera” (24/5/82). En tanto, el 30 de mayo retomaría el dilema de la dicotomía norte/sur, pero en esta oportunidad acertaría al vaticinar la conformación del MERCOSUR: “el sitio de la Argentina se encuentra en la estructura fundacional del nuevo movimiento de líneas propias que está comenzando a tomar forma (...) Habría que aplicarse, en cambio, a transformar los países latinoamericanos en una “Europa”, o mejor aún, en una “América” propia, esencial, buscando los medios para levantar un mundo nuevo y poderoso mediante relaciones con las capitales industriales de las potencias tradicionales, manteniendo a la vez inmovible y únicamente fiel a la independencia nacional, a la interdependencia y cooperación en el sur, y a la visión de un nuevo orden de conducción mundial en el porvenir” (30/5/82). Durante el mes de junio el Herald, fiel a su línea editorial, mantuvo una posición hipercrítica centrada en los EEUU y la obstinada Inglaterra. Al primero, le enrostraba tener una política ambigua al haber recurrido al veto en la reunión de la ONU, cuando la idea era la abstención. Respecto a la segunda, le endilgaba haber

obligado al Mercado Común Europeo a sostener un apoyo poco convincente. Asimismo, dedicó un par de notas a la cuestión del tratamiento periodístico del conflicto con motivo de la circulación de una foto apócrifa lanzada a la opinión pública por una revista de editorial Perfil. También, denunciaba la persistente campaña de prensa acerca de la “intransigencia argentina a negociar” orquestada, tanto desde Londres como desde Washington, reconociendo amargamente que: “la débil voz de la prensa argentina (más reducida todavía por años de generalizada autocensura y apaciguamiento) aún ahora, cuando defiende en forma estentórea aquello en que realmente cree, no puede competir con los sobresalientes formadores de opinión de entre los grandes medios de difusión de Gran Bretaña y los EEUU que pueden tapar con facilidad lo que se dice aquí” (5/6/82). Por lo demás resulta útil destacar la mínima presencia que tuvo la visita Papal en la voz institucional del diario, efectuando, en forma elíptica una objeción a la visita interesada y fundamentalmente, sabedor ya del insoslayable final, abogaba por que hubiese una “paz sin sumisión” (12/6/82). El día 15 de junio, tal cual tituló el medio, era “un día muy malo”, frase utilizada por el vocero del Comando Conjunto de las FF.AA., encargado de comunicar a los directores de los diferentes medios la mala nueva. El editorialista, poseedor de valiosas fuentes de información, entre las que se encontraban hasta traficantes de armas tal como lo ha referido en la entrevista mantenida, repasaría diversos aspectos inherentes a la guerra y sus últimas consecuencias, entre las que se hallaban las declaraciones de Raúl Alfonsín solicitando la renuncia de Galtieri, las movilizaciones populares exigiendo la no rendición, dado que “la agonía de la derrota después de la euforia de una dura batalla cargada de emoción, amenazaba también desencadenar una diversidad de reacciones emotivas en la población”. Luego, reconocía que la empresa bélica había sido iniciada en un momento favorable para la administración militar, pero se encargaba de apuntar, apelando a la metáfora organicista que: “si la antigua y aún no resuelta cuestión de las Malvinas no hubiese estado supurando

como una espina clavada en el organismo nacional no habría podido suscitar la reacción popular que originó”. Apreciación que resulta clave para una comprensión cabal del proceso bélico y que de ser ignorada, conlleva a conclusiones equívocas aún en la actualidad. Tras enumerar algunas cuestiones alcanzadas a raíz del conflicto armado, culminaba rescatando la iniciativa de la recuperación del archipiélago: “por impropia que haya sido con respecto a las normas internacionales la cuidadosa y comparativamente no violenta ocupación argentina de las islas en disputa, la reacción generalizada de la nación en defensa de sus intereses frente a la desproporcionada invasión británica fue madura, honrosa y admirable” (15/6/82).

Naturalmente, el punto de vista editorial asumido, en este caso por Newland, ha ocasionado fuertes cuestionamientos de ciertos sectores sociales, culturales, políticos, e incluso, periodísticos. Se considera, sin embargo, que la posición adoptada obedeció a estrictos principios periodísticos que el director a cargo había aprendido de su maestro Robert Cox, tal como él mismo lo ha expresado: “todo el criterio de objetividad y pragmatismo que apliqué a la cobertura de la guerra, los aprendí siendo discípulo suyo, el mismo lugar dónde aprendí a desoír las críticas y las amenazas e ir con la línea que más correcta me parecía, tratando siempre de encontrar una verdad objetiva más allá de los lugares comunes de la vox populi”. (R. Cox, Comunicación personal, 2009) Estas declaraciones adquieren veracidad siempre y cuando, se contextualicen y se confronten con la totalidad del corpus producido en ese conflicto bélico. Labor que se ha procurado realizar en esta investigación con el propósito de establecer los rasgos sobresalientes de la sección editorial del Herald frente a la guerra del atlántico sur. Razón por la cual, disentimos con los juicios de algunos periodistas que, como en el caso de Uki Goñi (U. Goñi, Comunicación Personal, 2005), ha reducido la política editorial a una lacónica frase: “con la situación de las Malvinas, el diario adopta una posición pro militar”. Se trata de una verdad a medias dado que la política editorial trascendía la coyuntura, en este caso de un gobierno de facto, tratando de man-

tener, como Newland ha dicho: “una férrea objetividad en medio de una situación de dicotomía absoluta” (D. Newland, Comunicación personal, 2012), interpretando en consecuencia una realidad cargada de complejidad casi inasible para los contemporáneos y, lamentablemente, también para algunos argentinos del presente.

Referencias bibliográficas

- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1998). Decíamos Ayer. La prensa argentina bajo el proceso. Buenos Aires. Colihue.
- Borrat, H. (1989). El periódico, actor político. Barcelona. Gili.
- Cardoso, O. Kirschbaun, R. y Van Der Kooy, E. (1992). Malvinas. La Trama secreta. Buenos Aires. Planeta.
- Cox, D. (2002). En honor a la verdad. Memorias desde el exilio de Robert Cox. Buenos Aires. Colihue.
- Daverío de Cox, M. y Wilde E. (2001). Salvados del infierno. Salta. Gofica.
- Díaz, C. (2002). La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de 1976. Buenos Aires. La Crujía.
- Díaz, C. (Dir.) (2009). Nos/otros y la violencia política 1974 – 1982. El Herald, La Prensa y El Día. La Plata. Ediciones al Margen.
- Díaz, C. (2011). “La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”. En: Saborido, J. y Borrelli, M. (comp.). Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Buenos Aires. Eudeba.
- Díaz, C., Giménez y M., Passaro, M. (2001). “La libertad de expresión entre dos fuegos 1974 – 1976”. En: Oficios terrestres. FP y CS UNLP. Año VII, N° 9/10, pp. 111 – 123.
- _____ (2010). “La Prensa contra el Estado y los gremios durante la guerra de Malvinas”. En: Duodécimo Congreso REDCOM. CD ROM Ponencias. Mendoza.

- _____ (2011). "Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)". En: Saborido, Jorge y Borrelli, M. Op. cit., pp.
- Díaz, C. y Passaro M. (2009). "Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones". En: VERANO, Alejandro (comp.). Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva. EPC, La Plata, Tomo 1, pp. 137- 162.
- _____ (2012). "Imaginario de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas". En: Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. Año XVIII, N° 28.
- Díaz, C. (2011). "La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano". En: Saborido, J. y Borrelli, M. (Comp). Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Buenos Aires, Eudeba.
- Díaz, C. (2019). "Periodismo gráfico del siglo XX". Buenos Aires. Ediciones EPC de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.
- Escudero, L. (1996). Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra. Barcelona. Gedisa.
- Getino, O. (1995). Las industrias culturales en la Argentina. Buenos Aires. Colihue.
- Graham-Yooll, A. (2007). Buenos Aires, otoño 1982. La guerra de Malvinas según las crónicas de un corresponsal inglés. Buenos Aires. Marea.
- González, J. (2011) "Relación entre Malvinas y las privatizaciones" Recuperado de: <http://cesartatodiaz.com.ar/relacion-entre-malvinas-y-privatizaciones/>
- Guber, R. (2001). ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda. Buenos Aires, FCE.
- Menéndez, M. I. (1998). La "comunidad imaginada" en la guerra de Malvinas. Buenos Aires. Eudeba.

- Neilson, J. (2001). En tiempo de oscuridad 1976/1981. Buenos Aires. Emecé.
- Parcero, D. (2011). Los trabajadores de prensa. Buenos Aires. Corregidor.
- Price, V. (1994). La opinión pública. Esfera pública y comunicación. Barcelona, Paidós.
- Reato, C. (2012). Disposición final. Buenos Aires. Sudamericana.
- Sigal, S. (2006). La Plaza de Mayo. Una crónica. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Verbitsky, H. (2002). Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial. Buenos Aires. Sudamericana.
- Yofre, J. B. (2011). 1982. Los documentos secretos de la guerra de Malvinas / Falklands y el derrumbe del proceso. Buenos Aires. Sudamericana.